

Delatar, en la lengua enérgica de germania, se dice: "Comer el bocado," como si el delator sacase para sí un poco de la substancia de todos y se alimentase con un bocado de la carne de cada uno.

¿Qué es recibir un bofetón? La metáfora vulgar responde: "Ver treinta y seis candelas."

Aquí interviene la germania y dice á su vez: "Candela, humo." Con lo que el lenguaje usual ha hecho "humazo," sinónimo de bofetón.

Así, por una especie de penetración de abajo arriba, ayudando la metáfora, esa conductora incalculable, la germania sube de la caverna á la Academia; y diciendo Pulaller: "Yo enciendo mi humo" (candela), le hace escribir á Voltaire: "Langleviel de la Baumelle merece cien humazos" (bofetones).

Una investigación en la germania trae un descubrimiento á cada paso. El estudio profundo de ese extraño idioma conduce al misterioso punto de intersección de la sociedad regular con la sociedad maldita.

El ladrón tiene también su carne de cañón, la materia robable: vosotros, yo, cualquiera que pasa; el "pantre." ("Pan," todo el mundo).

La germania es el verbo convertido en presidiario.

Que pueda el principio pensador del hombre ser empujado hasta nivel tan bajo, puede ser arrastrado y agarrotado allí por las oscuras tiranías de la fatalidad; que pueda quedar sujeto á lazos desconocidos en ese principio, es desconsolador.

¡Oh, pobre pensamiento de los miserables!

¡Ay! ¿No acudirá nadie en socorro del alma humana entre las sombras? ¿Es acaso su destino esperar allí por siempre jamás al espíritu, al libertador, al inmenso ginete de los pegasos y de los hipógrifos, al caballero de color de aurora, que desciende del empero entre dos alas, al radiante caballero del porvenir?

¿Tendrá ella que llamar siempre inútilmente en su auxilio la lanza de luz del ideal?

¿No hay ya para esa pobre alma aherrojada más que el sudario de la materia, las ignominias del oprobio?

¿Está condenada á oír llegar espantosamente en el espesor del abismo al Mal, y entrever, cada vez más cerca, bajo las aguas asquerosas, aquella cabeza draconiana, aquellas fauces arrojando baba, aquella ondulación serpenteante de garras, de hinchamientos y de anillos?

¿Habrá de permanecer allí, sin un rayo de luz, sin una esperanza, entregada á esa aproximación formidable del monstruo, sintiéndola vagamente, temblando, despavorida, retorciendo los brazos, encadenada para siempre á la roca de la noche, sombría Andrómeda, pálida y desnuda en las tinieblas?

## III

**Germania que llora y germania que ríe.**

Como se vé, la germania toda entera, lo mismo la germania de hace cuatrocientos años que la germania de hoy día, está penetrada de ese sombrío espíritu simbólico que dá á todas las palabras, ora un aspecto dolorido, ora un aire amenazador.

Se adivina en ellas la antigua tristeza feroz de aquellos truhanes del Patio de los Milagros que jugaban á las cartas con naipes peculiares suyos, de los cuales se han conservado algunos.

El ocho de bastos, por ejemplo, representaba un gran árbol con ocho hojas enormes de trébol, especie de personificación fantástica de la selva.

Al pie de ese árbol se veía una hoguera en que tres liebres asaban á un cazador puesto en su asador, y detrás, en otra hoguera, una marmita humeante, de la que salía la cabeza de un perro.

Nada tan lúgubre como esas represalias en pintura, en una baraja de naipes, teniendo á la vista las hogueras en que se quemaban á los contrabandistas y las calderas en que se cocía á los monederos falsos.

Las diversas formas que tomaba el pensamiento en el reino de la germania, hasta la canción, hasta la burla, hasta la amenaza, tenían todas ese carácter impotente y humillado.

Todos los cantares, de que se han recogido algunas melodías, eran humildes y lastimeros hasta hacer llorar.

El "pigre" se llama el "pobre pigre", y siempre es la liebre que se esconde, el ratón que se escapa, el pájaro que huye.

Apenas reclama, se concreta á suspirar; uno de sus gemidos ha llegado hasta nosotros:

"Je n'entrave que le dait comment meek, le daron des ourges, peut atiger ses momes et ses momignards et les lacher criblant sans etre agité lui-meme." (No comprendo cómo Dios, padre de los hombres, puede atormentar á sus hijos y á sus pequeñuelos, y oírlos gritar sin atormentarse á sí propio.)

El miserable, siempre que tiene ocasión de pensar, se hace pequeño ante la ley y raquíico ante la sociedad; se está boca abajo, suplica, se vuelve del lado de la piedad; se le ve reconocer su falta.

Hacia mediados del último siglo verificóse un cambio. Los cánticos de las cárceles, los ritornelos de los ladrones tomaron, por así decirlo, un gesto característico y jovial. El plañidero "maluré" fué reemplazado por "larifa."

Encuétrase en el siglo XVIII, en casi todas las canciones de las cárceles y presidios, como entre las chusmas, una alegría diabólica, y enigmática.

Se oye allí este estribillo estridente y saltón que parece iluminado por una luz fosforescente y como arrojado en el bosque por un fuego fátuo, tocando el pífano.

Mirlababi surlababo,  
Mirlitén ribonribette  
Surlababi mirlababo,  
Mirlitén ribonribo.



Esto se cantaba degollando á un hombre en una cueva ó en un rincón de un bosque.

Síntoma grave. En el siglo XVIII disípase la antigua melancolía de esas clases doloridas.

Sueltan la carcajada; búrlanse del gran "meg" (Dios) y del gran "dab" (rey).

Al darles á Luis XV, llaman al rey de Francia "marqués de Pantin." Y están ya casi alegres.

Sale de esos miserables una especie de luz ligera, como si ya nada les pasase en la conciencia.

Esas tribus lamentables de la sombra no tienen ya únicamente la audacia de las acciones, si que también la audacia negligente del ingenio; indicio de que van perdiendo el sentimiento de su criminalidad, y de que comprenden que hasta entre los pensadores y los reflexivos encuentran cierto apoyo, aunque indefinible todavía.

Indicio de que el robo y el pillaje comienzan á infiltrarse hasta con doctrinas y sofismas, que les hacen perder algo de su fealdad, prestando una gran parte á los sofismas y á las doctrinas.

Indicio en fin, de que si no surge alguna diversión, está cercana alguna explosión prodigiosa.

Detengámonos un momento.

Señalaremos un hecho.

¿A quién acusamos aquí? ¿Es al siglo XVIII? ¿Es á su filosofía?

No por cierto.

La obra del siglo XVIII es sana y buena. Los enciclopedistas, con Diderot á la cabeza; los fisiócratas, con Turgot á la cabeza; los filósofos, con Voltaire á la cabeza; los utopistas, con Rousseau á la cabeza, son las cuatro legiones sagradas á las que debe la humanidad su inmenso avance hácia la luz.

Son las cuatro vanguardias del género humano en dirección á los cuatro puntos cardinales del progreso: Diderot hácia todo lo bello, Turgot hácia lo útil, Voltaire hácia lo verdadero, Russeau hácia lo justo.

Pero al lado, y por bajo de los filósofos había los sofistas, vegetación venenosa mezclada con la frondosidad saludable, cicuta de la selva virgen.

Mientras que el verdugo quemaba en la escalera principal del Palacio de Justicia los grandes libros libertadores del siglo, escritores hoy día olvidados publicaban, con privilegio del rey, cierta clase de escritos extrañamente desorganizadores, ansiosamente leídos por los miserables.

Algunas de esas publicaciones, cosa singular, patrocinadas por un príncipe, se encuentran en la "Biblioteca secreta."

Estos hechos, profundos pero ignorados, pasaban desapercibidos en la superficie. A veces, la obscuridad misma de un hecho es la que constituye su peligro. Es obscuro, porque es subterráneo.

De todos los escritores, el que quizá ahondó más entonces en las masas la galería menos sana, fué Restif de la Bretonne.

Este trabajo, peculiar á toda Europa, hizo más estragos en Alemania que en ninguna otra parte.

En Alemania, durante cierto período, resumido por Schiller en su drama famoso de "Los Bandidos," el robo y el pillaje se erigían en protesta contra la pro-

piedad y el trabajo; se asimilaban ciertas ideas elementales, espaciosas y falsas, justas en apariencia, absurdas en realidad; se envolvían con esas ideas, desaparecían en cierto modo de ellas, tomaban un nombre abstracto y pasaban al estado de teoría; y de esa manera circulaban en las multitudes laboriosas, pacientes y honradas,



sin notarlo siquiera ni los químicos imprudentes que habían preparado la mixtura, ni las masas que la absorbían.

Siempre que se produce un hecho de esta índole, resulta grave.

El sufrimiento engendra la cólera; y mientras la clases prósperas se ciegan ó se adormecen, lo cual es siempre cerrar los ojos, el odio de las clases desgraciadas enciende su tea á la luz de algún ánimo disgustado ó contrahecho que medita en un rincón, y se pone á examinar la sociedad.

El exámen del odio ¡cosa terrible!

De ahí provienen, si la desgracia de los tiempos lo quiere, esas aterradoras



conmociones que se llamaban antiguamente "jacquerías," junto á las cuales las agitaciones puramente políticas son juegos de niños, porque no son ya la lucha del oprimido contra el opresor, sino la rebelión de la estrechez contra el bienestar. Todo se derrumba entonces.

Las "jacquerías" son temblores del pueblo.

Ese peligro, inminente quizá en Europa hácia fines del siglo XVIII, fué el que vino á paralizar la revolución francesa, ese acto inmenso de probidad.

La revolución francesa, que no es otra cosa que lo ideal armado de la cuchilla, se levanta, y con un solo movimiento brusco cierra la puerta del mal abriendo la del bien.

Deslinda la cuestión, promulga la verdad, expulsa el miasma, sana el siglo y corona al pueblo.

Puede decirse de ella que ha creado al hombre por segunda vez, dándole una segunda alma: el derecho.

El siglo XIX hereda y se aprovecha de su obra; y hoy día la catástrofe social que indicábamos anteriormente, es simplemente imposible. ¡Ciego es quien la acusa! ¡Necio quien la teme! La revolución es la vacuna de la "jacquería."

Gracias á la revolución, las condiciones sociales han cambiado. Las enfermedades feudales y monárquicas no están ya en nuestra sangre. No hay ya Edad media en nuestra constitución.

No estamos ya en los tiempos en que espantosos hormigueos interiores producían irrupciones en que se oía bajo los pies la carrera obscura de un ruido sordo, en que aparecían á la superficie de la civilización indefinibles levaduras de galerías de topos, en que se agrietaba el suelo, en que se abría el techo de las cavernas, y en que derepente se veía salir de la tierra cabezas monstruosas.

El sentido revolucionario es un sentimiento moral.

El sentimiento del derecho, desarrollado, desarrolla el sentimiento del deber.

La ley de todos es la libertad, que concluye donde empieza la libertad de otro, según la admirable definición de Robespierre.

Desde 1789, el pueblo todo entero se dilata en el individuo sublimado; no hay pobre que, teniendo su derecho, no tenga su irradiación; el hambriento siente sobre de sí la honradez de la Francia; la dignidad de ciudadano es una armadura interior; el que es libre, es escrupuloso; el que vota, reina.

De ahí la incorruptibilidad; de ahí el aborto de las ambiciones funestas; de ahí los ojos heroicamente bajos ante las tentaciones.

El saneamiento revolucionario es tal, que en un día de emancipación, en un 14 de Julio, ó en un 10 de Agosto, no hay ya populacho. El primer grito de las muchedumbres iluminadas y engrandecidas es: "¡Muera el ladrón!"

El progreso es hombre y es honrado; lo ideal y lo absoluto no sirven ya de tapujo.

¿Por quienes fueron escoltados en 1848 los furgones que contenían las riquezas de las Tullerías? Por los traperos del barrio de San Antonio.

El Andrajo dió la guardia al tesoro. La virtud hizo resplandecer á los harapientos.

Estaba allí, en aquellos furgones, en cajas apenas cerradas, algunas hasta entreabiertas, entre cien estuches deslumbradores, la antigua corona de Francia, toda de diamantes, teniendo por remate el carbunco real del regente, que valía

treinta millones de francos; y guardaban ellos, con los pies descalzos, aquella corona.

Nada, pues, de "jacquería." Lo siento por los hábiles, puesto que desaparece en último término ese antiguo coco, y ya en adelante no podrá nadie servirse de él en política.

Se ha roto el gran resorte del espectro rojo. Y todo el mundo lo sabe. El espantajo ya no espanta á nadie.

Los pájaros se permiten familiaridades con el manequí, los estiércoles le caen encima, los burgueses se ríen á su pié.

## IV

**Los dos deberes: velar y esperar.**

Siendo esto así, se ha disipado en verdad todo peligro social.

No hay ya "jacquería"; la sociedad puede estar tranquila por este lado; no se le subirá ya la sangre á la cabeza; pero medite cómo respira.

La apoplejía no es de temer, pero sí la tisis.

La tisis social se llama miseria.

Lo mismo se muere minado que aplastado.

No nos cansaremos de repetirlo: pensar ante todo en la multitud desheredada y dolorida, consolarla, darle aire y luz, amarla, ensanchar magníficamente su horizonte, prodigarle la educación bajo todas sus formas, ofrecerle el ejemplo del trabajo, nunca el de la ociosidad, aminorar el peso de la carga individual aumentando la noción del fin universal, limitar la pobreza sin limitar la riqueza, crear vastos campos de actividad pública y popular, tener, como Briareo, cien manos que tender por todas partes á los débiles y á los oprimidos, emplear el poder colectivo en ese gran deber de abrir talleres á todos los brazos, escuelas á todas las aptitudes y laboratorios á todas las inteligencias, aumentar el salario, disminuir el trabajo, equilibrar el debe y haber, es decir, proporcionar el goce al esfuerzo y la saciedad á la necesidad; en una palabra, hacer despedir al aparato social en provecho de los que padecen y de los que ignoran; más luz y bienestar; tal es, y no lo olviden las almas simpáticas, la primera de las obligaciones fraternales; tal es, y sépanlo los corazones egoístas, la primera de las necesidades políticas.

Y digámoslo también, todo ello no es más que un principio.

La verdadera cuestión es ésta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

No insistimos más, porque no es este el lugar de hacerlo.

Si la naturaleza se llama Providencia, la sociedad debe llamarse Previsión.

El acrecentamiento intelectual y moral no es menos indispensable que el mejoramiento material.

El saber es un viático; el pensar es de primera necesidad; la verdad es un alimento como el trigo.

Una inteligencia falta de saber y de reflexión, se debilita.

Si hay algo más doloroso que un cuerpo agonizante por falta de alimento, es un alma que se muere de hambre de luz.